

IV

–Pero ¡Dios mío! ¡¿Qué estoy viendo?! ¡¿Qué es este monstruo que se inclina sobre mí?! ¿Dónde estoy? ¿Quién soy? ¿Qué me está ocurriendo?

–No tiene nada que temer, ¡tranquilícese! Está en lugar totalmente seguro. ¡Ármese de valor y abra los ojos! –se dejó oír de nuevo la suave y reconfortante voz de alguien.

Volví a abrir los ojos y seguramente me habría desmayado, si hubiera sido capaz en mi nueva situación.

–Pero ¡no se asuste! ¡Mire con calma a su alrededor! –añadió la misma voz.

Miré al que me hablaba. Pero ¡Dios! ¡¿Qué era eso?! ¿Es posible que lo que me está hablando sea ese engendro que tengo delante de mí? ¿Quién será? ¿Y qué querrá de mí? Es como el mismísimo diablo, peor aún, porque se suele representar al maligno con un aspecto más atractivo que éste.

Imagínense una especie de enorme sapo, con una cabeza como de pájaro de tamaño imponente, sobre un cuello rechoncho y fuerte. En medio de su ancha frente, en su parte inferior, brillaba un único, esférico y voluminoso ojo, dirigido fijamente hacia mí. Justo debajo, le salían unos labios prominentes, blandos y alargados como un ancho pico, con una gruesa lengua en su interior. La parte superior de la cabeza terminaba en una especie de pequeño apéndice móvil, en forma de embudo. Por delante, a cada lado de sus anchos hombros nacían sendas

trompas, musculosas y extensibles a modo de brazos, cuyos extremos estaban dotados de pequeñas protuberancias carnosas en lugar de dedos, gracias a las cuales el bicho podía palpar y sujetar los objetos tan eficazmente como nosotros con las manos. Esas trompas, que le llegaban hasta los pies, en su parte superior aparecían unidas a la piel del tronco con una serie de pliegues membranosos. Por detrás de ellas, a cada lado, sobresalían unas enormes pinzas parecidas a las de los cangrejos, anchas y duras como el acero, y cubiertas de una piel gomosa. El robusto pecho, parte del abdomen y la espalda, estaban recubiertos de algo parecido a escamas de un color azul brillante, mientras que el de las trompas era amarillo. La parte baja del tronco, revestida de una materia brillante, terminaba en unas largas y delgadas piernas con pies palmeados. El adefesio se sostenía sobre estas últimas como si se dispusiera a saltar; por otra parte, sus posaderas se servían como apoyo de una gruesa cola aplanada semejante a la de un castor.

«Eso» me estaba observando en silencio, inmóvil, sin apartar su único e imponente ojo de mí. ¡Y lo que es más curioso!, ese ojo lleno de inteligencia me causaba una impresión terrorífica, pero al mismo tiempo tranquilizante. Comprendía que esta criatura no tenía intención alguna de causarme daño y que podía relacionarme con ella.

—Bueno, parece que por fin se ha serenado —dijo rompiendo el silencio mi original interlocutor, abriendo su especie de pico y, al menos eso me pareció, sonriendo con su solitario ojo.

Como respuesta solo pude exhalar un profundo suspiro.

—Permítame que me presente: soy el astrónomo Pax, el dueño de esta casa. ¡Sea bienvenido, querido visitante de la lejana Tierra! —y dando dos cortos pasos o más bien saltitos, con sus patas de garza, me tendió su trompa para que se la estrechara, obsequiándome de la misma forma hospitalaria con que recibimos a los invitados en nuestro planeta.

«¡Así que esta “belleza” es el misterioso astrónomo de Marte!», pensé, mientras veía los titánicos esfuerzos que hacía este extraño ser para tratarme a nuestra manera humana.

A pesar de lo espantoso de mi situación, a duras penas podía contener la risa, y decidí ofrecerle también mi mano. Pero de repente, aterrado, me puse de pie de un salto y en un ataque de histeria empecé a saltar y revolverme por la habitación. Lo que pasó fue que al tenderle la mano para estrechársela, justo en ese momento, me di cuenta de que tenía la misma forma de trompa que la suya; y entonces comprendí al instante que ¡yo mismo me había convertido en un engendro, igualmente ciclópeo, con pico de pájaro, patas de ave, pinzas de cangrejo y cola! ¡Mi horror no tenía límite! Me golpeaba la cabeza contra la pared, me arrastraba por el suelo, intentando despegarme de esos deformes miembros que poseía mi nuevo cuerpo, librarme de ellos, salirme de esa repugnante forma en la que se había alojado mi conciencia, mi «yo».

Seguramente en esos momentos debía de estar muy cómico. Recordaba a ese bravío y joven corcel que enganchan por primera vez al carruaje y cocea asustado, tiembla, intenta soltarse y se revuelve inquieto para liberarse de los nuevos y ajenos miembros que parecen adheridos a su cuerpo. Pero liberarme de mi nuevo cuerpo era tan difícil como liberarme de mí mismo.

Entretanto, el monstruoso cíclope Pax, como se hacía llamar, seguía mis frenéticos esfuerzos, esperando con paciencia que concluyera el paroxismo. Finalmente, agotado hasta la extenuación, caí al suelo.

–Ha sido buena idea hacerle despertar en esta habitación con paredes acolchadas. De lo contrario le habría roto todos los huesos del cuerpo a mi pobre hijo –vocalizó como para sí, con total parsimonia, el monstruo.

–¡Oh, Dios mío! Pero ¿qué me está pasando? –sollocé.

–Nada del otro mundo. La crisis ha remitido y espero que ahora pueda ver las cosas con más juicio. ¡Cálmese ya!

–Pero ¿quién es usted y qué quiere de mí? –me dirigí lleno de rabia, a esa repulsiva criatura que me tenía aterrorizado.

–Ya he tenido el gusto de presentarme –dijo el cíclope, mostrando con su expresivo ojo cierta ironía sin mala intención–. En cuanto a lo que necesito de usted, a decir verdad, no es nada en absoluto. Usted mismo manifestó su deseo de visitar nuestro planeta.

¡Vaya! ¡Me daba perfecta cuenta de ello! Pero ¿cómo

podía esperar encontrarme en una situación así, caer en esta trampa? Yo me figuraba que aquí existiría una sociedad con seres humanoides como en la Tierra, incluso más perfeccionados físicamente. ¡Y de pronto me despierto entre monstruos deformes e incluso yo me veo convertido en uno de ellos!

–Escúcheme –le pedí–. ¿Podría devolverme de nuevo a la Tierra ahora mismo?

–¿Ahora mismo?

–Sí, en este mismo momento. No tengo valor ni fuerzas para quedarme aquí ni un minuto más, no puedo. Si tiene usted corazón y un ápice de misericordia divina, imándeme de nuevo a la Tierra!

–Por desgracia aunque quisiera, no podría hacerlo. Mi hijo no pierde el tiempo y ahora mismo está camino de Chamonix, y desde allí se dirigirá a Inglaterra, donde tomará un barco rumbo a América. Está muy interesado en su «Nuevo Mundo». Antes de tres meses ni piense en regresar a la Tierra.

–¡Tres meses! ¡Por Dios! ¡En ese tiempo me moriré aquí!

–¡No exagere! Nuestro organismo es tan joven y fuerte como el que usted habita en la Tierra, y no nos morimos así porque sí. ¿Y qué es esa tontería de volver, sin haberse interesado lo más mínimo por lo que tanto anhelaba estando en la Tierra? ¿No le da vergüenza, joven? Es una cobardía. Además, estoy seguro de que, cuando acabe de volver en sí, se tranquilice y sea capaz de pensar con la cabeza fría, usted mismo se reprochará

ese lapsus de debilidad. Y, para dejarle reflexionar tranquilo y reponerse, lo dejaré solo por el momento. ¡Hasta la vista!

Y, dando un salto como una urraca, se encaramó a una especie de alféizar que sobresalía de una enorme ventana sin marco ni cristales y se precipitó de cabeza hacia el exterior. La curiosidad me picó y, olvidándome de todo, me lancé a la ventana para ver lo que había quedado de él, si era que se había estrellado contra el suelo.

El alféizar estaba tan alto que tuve que saltar para sostenerme en él. Movido por algo parecido al instinto, di ese salto casi involuntariamente y con increíble agilidad, para mi asombro. Despabilándome en la ventana, me quedé estupefacto ante el insólito panorama que se desplegaba ante mi ojo, que, aunque era único, veía tan bien como si fueran dos.

A los pies del enorme edificio en que me encontraba, chapoteaban suavemente las olas de un inmenso océano extrañamente coloreado de ámbar. El efecto de esta escena era tan sorprendente y majestuoso que durante un buen rato me quedé ensimismado. Y de repente, sin saber por qué, contemplando esa vasta extensión de mar infinito con un color tan insólito y ese cielo azul... me sentí feliz, tan feliz que, de no haber sido por el temor a caerme al mar desde la ventana, ¡seguramente habría dado un brinco de la emoción! En medio de un estado de ánimo tan sombrío y abatido como nunca había conocido, las ideas se aclararon en mi cabeza y sentí una energía inusitada, con un ánimo en alza y renacido.

«Pero ¿cómo he podido ser tan pusilánime? –me dije–. Porque, al fin y al cabo, nada malo me ha sucedido y al parecer, no tiene por qué pasar. Si al principio me asustó el aspecto de ese marciano y el mío propio, no voy a ir por ahí eternamente de esta guisa. Me imaginaré que voy disfrazado de marciano. Él tenía razón: debo aprovechar mi estancia aquí para observar y examinar todo aquello que sea digno de atención y estudio. Y lo que es lamentable es haberme comportado desde el primer momento como un salvaje con este peculiar sujeto, mientras él se ha mostrado conmigo tan paciente como bondadoso. ¿Qué conclusión sacaré después de esto sobre nosotros, los habitantes del planeta Tierra?»

Entonces sentí ganas de volver a encontrarme con mi horripilante anfitrión, para transmitirle mis más sinceras disculpas y mi pesar por lo sucedido, y demostrarle que no era tan salvaje como se habría figurado.

Pero era extraño: ¿dónde se habría metido? Eché una ojeada al mar, pero en su superficie no se distinguía ni el más nimio objeto. Probablemente se habría sumergido en el agua y estuviera oculto bajo las olas. Al punto recordé que por lo visto el organismo de este ser estaba adaptado tanto a la vida en tierra como en el agua, de igual forma que nuestros castores y cangrejos, algunos de cuyos órganos eran muy similares a los que poseían los habitantes de Marte.

Desde el alféizar, me dediqué a estudiar minuciosamente el medio que me rodeaba. El edificio en que me hallaba surgía directamente de entre las aguas, como un

faro en medio del mar. Tenía forma circular, cónica concretamente, y su cima se perfilaba a gran altura apuntando hacia el cielo. Era una construcción gigantesca con una base muy amplia, que recordaba por su forma a las pirámides de Egipto, aunque por su altura me pareció que las superaba ampliamente. Por otra parte, tanto sobre el verdadero tamaño de este edificio como de los objetos que me rodeaban, no podía hacerme siquiera una idea aproximada, en ausencia de objetos terrestres que me sirvieran de referencia. Si hubiera dispuesto de una forma humana, me habría sido fácil juzgar su magnitud, comparándola con mi propio tamaño. Pero estaba enfundado en una piel ajena, cuyas dimensiones solo podía apreciar relativamente. ¿Quién sabe?, a lo mejor ese inmenso océano que se extendía ante mí era apenas un diminuto lago en comparación con nuestros mares, y el edificio no fuera mayor que un juguete infantil; quizá me parecían muy grandes para mi tamaño de pigmeo, como a cualquier bichillo de nuestro mundo que viva en medio de un charco de lluvia una piedra arrojada por un niño le parecería una montaña. O puede que, al contrario, fuera todo un gigante comparado con los seres humanos...

En cualquier caso, teniendo una envoltura humana, lo más probable es que viera y juzgara muchas cosas de forma totalmente diferente a como lo hago ahora, en la piel de un marciano. Se sabe que la fuerza de gravedad de Marte es más de dos veces menor que la de la Tierra y, si me hubiera presentado aquí con mi cuerpo, habría podido casi volar. En cambio no sucedía así. En mi actual

cuerpo no sentía en absoluto diferencia entre la gravedad terrestre y la marciana. Resumiendo, buena parte de lo que me habría chocado a primera vista e incluso dejado boquiabierto como humano, siendo marciano me parecía de lo más natural y no me sorprendía en absoluto.

Bajándome de la ventana, me detuve a observar de cerca las paredes, con la esperanza de encontrar alguna puerta o salida, y en efecto enseguida advertí que una de las paredes quedaba oculta tras una cortina que disimulaba la entrada a otra sala. La levanté y entré en esa habitación, pero apenas di dos pasos en ella cuando salté hacia atrás presa del pánico y me di la vuelta corriendo: por el lado opuesto de la sala, vi entrar en la misma a otro nuevo marciano, salido de no sé dónde y tan repulsivo como el primero. Lo inesperado del encuentro hizo que no pudiera contener mi temor y animadversión, y retrocedí cobardemente. Pero, mientras huía, pude ver cómo el marciano que me había sobresaltado de esa manera también se había asustado y había salido corriendo en dirección contraria. Después de quedarme algún tiempo detrás de la cortina, me picó la curiosidad y de nuevo la levanté un poco. Cuál no sería mi sorpresa cuando vi que el mismo ser me estaba espiando del mismo modo, desde detrás de otra cortina en el extremo opuesto de la estancia y me miraba con igual curiosidad. En ese momento, sentí una gran lástima por él.

—¡Eh, usted, oiga! —le grité—. ¿Quién es usted?

Pero el engendro se limitaba a replicarme moviendo los labios en silencio.

«¡Ah, maldita sea! –caí de repente en la cuenta–. ¡Creo que soy yo mismo: es mi imagen reflejada en un espejo...!»

Y así era, porque cada una de las paredes de esa segunda sala era un espejo.

«Desde luego, hago bien el papel de primitivo aborigen de la selva –me enojé consigo mismo–. ¡Me he asustado de mi propia imagen en un espejo! ¡Qué pensarían de mí los habitantes de Marte, si supieran de mis aventuras con mi propia sombra!»

Decidí firmemente no volver a sorprenderme por nada, viera lo que viera ni sucediera lo que sucediera conmigo, o al menos hacer como si aquí nadie ni nada pudiera impresionarme; conducirme como un hombre ilustrado que se toma todo con filosofía.

Me atreví a acercarme al espejo y me estudié de arriba abajo. ¡Y vaya! ¡Estaba claro que no era muy guapo! El órgano con forma de embudo que coronaba mi cabeza resultó ser el oído. Este original y móvil pabellón auditivo aparecía cubierto de ralos y largos cabellos sedosos, que apuntaban en distintas direcciones. Cuando comenzaba a escuchar algo, el propio oído de forma autónoma giraba su abertura cónica dirigiéndola hacia la fuente del sonido, como captándolo; si no deseaba escuchar, la abertura se cerraba herméticamente por sí misma, de modo que no me llegaba sonido alguno.

Pero mi elemento más espectacular y atractivo era el ojo, un ojo único, asentado profundamente bajo la frente. Nunca había tenido ocasión de ver en ningún ser humano unos ojos tan extraños y repletos de inteligencia

como los que poseían los marcianos. Era como si ese órgano de visión pudiera penetrar hasta la misma esencia de las cosas. Mi singular ojo compensaba la fealdad del resto de mi cuerpo. «¡Ojalá tuviera allá en la Tierra unos ojos tan fantásticos!», pensaba. Pero la diferencia entre un ojo humano y otro marciano era comparable a la que se da entre un cristal opaco y un diamante de la mayor pureza.

Observando mi propia imagen reflejada en el espejo, probé a hacer diferentes movimientos; después, deseando conocer mejor las funciones de todos mis nuevos miembros, me puse a correr por la habitación, saltando, moviendo trompas y pinzas, y dándome cachetes con la cola en los costados. Ya no me asustaba de mí mismo. Al contrario, mi nuevo cuerpo me resultaba de lo más simpático. Realmente me sentía en él como si fuera a un baile de máscaras. Tenía ganas de poder compartir con alguien mis impresiones. Ardía en deseos de encontrarme con alguno de los marcianos. Pero ¿dónde buscarlos? Parecía estar totalmente solo en todo el edificio.

Me envolvía el más absoluto silencio. Apenas llegaba a mis oídos desde el exterior el suave romper de las olas a los pies de la construcción. Me fijé de nuevo en las paredes, con la esperanza de hallar otra salida, pero no había nada parecido. Entonces regresé a la primera pieza y, saltando al alféizar, me quedé contemplando la superficie del mar que se extendía frente a mí.

V

De repente, allá a lo lejos en el horizonte, aprecié un objeto oscuro que volaba justo hacia mí. A primera vista era difícil discernir lo que era, debido a la distancia. Parecía algún tipo de pájaro, de tamaño enorme y con un cuerpo extremadamente largo. El misterioso objeto se acercaba a gran velocidad y yo agudicé al máximo la vista. Sí, se trataba sin duda de un ave; empecé por fin a reconocer sus dimensiones y forma. Pero ¡Dios mío! ¡Se parecía extraordinariamente al dragón bicéfalo, que en mi infancia asociaba a los cuentos relatados por mi niñera! ¡Y ese espantoso dragón con sus fauces abiertas, cortando el aire con un silbido al batir de sus alas y resoplando y bufando como un caballo, se me venía encima, derecho hacia la ventana en que me encontraba! ¡Qué hacer! ¡Seguro que ya me había visto y venía volando dispuesto a devorarme! ¡Ahhh!, pero ¿por qué me han dejado solo, sin advertirme de que aquí existían tales monstruos sedientos de sangre? ¡Estoy muerto! ¿Y dónde se habrá metido ese Pax?... Ya me parecía incluso que empezaba a oler a azufre... En un segundo salté de la ventana y me metí corriendo en la habitación contigua, para esconderme en alguna parte. Justo entonces el dragón, resollando y moviendo sus gigantescos ojos, se posó ruidosamente en el alféizar de la ventana donde apenas hacía un instante me encontraba yo.

—¿Qué tal, se ha tranquilizado por fin? —pude oír de repente la alegre voz de Pax; y no tuve tiempo de averi-

guar de dónde procedía, cuando éste se bajó de la grupa del dragón y se acercó a mí.

—¡Santo Dios, qué susto me ha dado ese monstruo! —balbucí temblando—. Pax se echó a reír:

—¡No tema! Este monstruo es tan inofensivo como sus caballos de tiro.

Y, acercándose al dragón, le dio unas palmaditas en el cuello con una de sus trompas, a lo que el animal respondió con un sonoro graznido similar al de un ganso con el que parecía expresar su complacencia. Después Pax le dio una palmada en el lomo y soltó un silbido. El dragón se dio la vuelta en el borde de la ventana, aleteó sus poderosas alas y desapareció.

—Espero que a estas alturas ya sea capaz de controlar sus ideas y sentimientos —dijo el marciano dirigiéndose a mí.

—Sí, señor. Solo que me asustó un poco ese dragón... Fue tan inesperado... No podía imaginarme nada semejante —murmuré azorado, recordando mi reciente aventura—. Le ruego que me disculpe por mi comportamiento. Reconozco que debí parecerle un completo salvaje; pero verá, debe saber que...

—Oh, por favor, no se esfuerce en disculparse. Su reacción no me sorprendió en absoluto, no podría ser de otra manera. Usted apareció aquí de golpe, viéndose en una situación completamente antinatural y sobre todo imprevista. Y es que ustedes, los habitantes de la Tierra, están acostumbrados a considerarse el centro del universo, los reyes de la creación; y, si sospechan la existencia de seres racionales en otros planetas, por algún

motivo creen que esas criaturas deben tener por fuerza un aspecto exterior similar al suyo, ya que les parece que no puede existir una forma mejor y más perfecta que la del cuerpo humano. Ya desde la infancia están imbuidos de una visión antropomórfica de la naturaleza y de la racionalidad que subyace en ella, atribuyéndole las mismas propiedades que posee su intelecto. Todo esto lo entiendo perfectamente. Este error también fue común entre nuestros antepasados, mientras no fueron capaces de crear instrumentos ópticos que permitieron observar y estudiar a las criaturas que vivían en otros planetas. Sí, también los nuestros pensaban entonces que no había otros seres más hermosos ni perfectos que ellos en el universo. Y créame, a un habitante de Marte que estudia el organismo humano por primera vez, le resulta tan horrendo y repulsivo como a usted el nuestro.

Si me ofendieron tanto estas palabras fue porque estaban plenamente justificadas. En realidad, ¿por qué tenía que imaginarme a los habitantes de Marte obligatoriamente parecidos a nuestra gente? ¿Por qué hemos de suponer que la naturaleza, al engendrar al Hombre, habría gastado en él toda su capacidad artística y creadora, quedando estéril para alumbrar algo más perfecto? ¡Qué presunción y obcecación desmesuradas! ¡Qué ignorante falta de confianza en el poder creador de la naturaleza! No tenía la menor idea de cómo responder al marciano.

—No tiene más que comparar su cuerpo humanoide con el nuestro —prosiguió Pax— para darse cuenta de que estamos dotados de un organismo mucho más perfecto

que el suyo. Comenzando por ejemplo por nuestro órgano superior: el oído. Los suyos están hechos de forma que, se quiera o no, lo escuchan todo, incluso lo que no se desea; siempre están abiertos a todos los sonidos, agradables y desagradables. Nosotros abrimos nuestro oído cuando queremos y además en la medida en que nos parezca más adecuado y cómodo. En cuanto al ojo, aun siendo único, no ve en absoluto peor que los dos suyos juntos. Como usted sabe, la luminosidad que hay en Marte es dos veces más débil que en la Tierra; en cambio, ¿nota usted la diferencia?

»Nuestras musculosas trompas son mucho más completas y cómodas que sus huesudas y torpes manos; podemos hacer con ellas lo que queramos: flexionarlas en cualquier dirección, enroscarlas como un anillo y muchas más cosas. En cambio, los huesos de sus manos solo les permiten hacer determinados movimientos. Nuestros órganos respiratorios se han desarrollado de tal forma que nos permiten vivir tanto en terreno seco como en el agua, a semejanza de sus anfibios. ¿Ve las membranas que tenemos entre los dedos? Pues nos permiten nadar a gran velocidad, al tiempo que la cola nos sirve de timón. Y estas pinzas en su día nos prestaron un gran servicio en la lucha por la supervivencia de la especie. Puede decirse que gracias a ellas pudimos imponernos a los demás animales y salir victoriosos. En consecuencia, cuando fuimos capaces de crear otro tipo de armas, artificiales y más eficaces para luchar contra el enemigo, estos apéndices perdieron su sentido primigenio y ahora prácticamente

nos sirven de adorno, al igual que las uñas de los humanos servían antiguamente como arma de ataque y también para defenderse.

«¡Así que tienen las pinzas de adorno! ¡Menudo adorno, pensaría cualquiera!», me dije.

—La belleza, muy señor mío, es algo totalmente convencional —recalcó Pax, leyendo en mi expresión justo lo que pensaba—. Incluso entre ustedes en la Tierra, la gente difiere ampliamente en su concepto de belleza, especialmente en lo que atañe a la forma del cuerpo humano. Entre algunas tribus salvajes de África, se considera la mujer más deseada a aquella tan sumamente obesa que precisa de ayuda incluso para levantarse y se ve obligada a moverse gateando. Otros, por ejemplo, ven hermoso taladrarse las fosas nasales con un aro, cercenarse la parte superior de las orejas, aplanarse la nariz... Pero, desde el punto de vista europeo, eso se considera terrible. A su vez, una hermosa mujer europea con su piel tan blanca, puede causar aversión en un hombre de raza negra. Si entre los propios habitantes de la Tierra existe una diferencia tan acusada entre su idea de lo que es o no bello, tanto más se hará patente entre seres racionales de distintos planetas, que apenas poseen elementos comunes en la configuración de sus organismos. Lo que desde su percepción encuentra horrendo y deforme en nuestra especie, a nosotros no nos lo parece en absoluto, y viceversa, lo que ustedes ven como el *súmmum* de la belleza, la elegancia y la perfección, a nosotros nos parece desproporcionado y hasta repulsivo.